

de la España contemporánea. Comienza por el « reajuste » del siglo XVIII, al que elogia abiertamente, diciendo que se trata del primer esfuerzo de la nación para readaptarse al mundo moderno y al que juzga como « un muy grande siglo colonial ».

Luego de la guerra de la independencia y de lo que llama « titubeos del siglo XIX », entra de lleno en nuestro siglo sin reparar mucho en la revolución que significa la pérdida de Cuba, Filipinas, Puerto Rico, etc., y los primeros años del reinado de Alfonso XIII en cuanto, en algún sentido, « belle époque » liberal española, y cierra su cuadro con un estudio de la crisis de la monarquía, la instauración de la república y la guerra civil de 1936-1939. Estos últimos pasos son, sin lugar a dudas, los más enjundiosos del libro, puesto que en ellos nos da una versión imparcial, moderada y muy clara de los problemas que a través de ellos se le plantean a España para el porvenir.

ALDO ALEJANDRO MARIÑO.

ATKINSON, WILLIAM C., *A History of Spain and Portugal. The Peninsula and its peoples: the pattern of their society and civilization*, Londres, Penguin Books, 1960; 382 págs. más un mapa.

William C. Atkinson, profesor actualmente de estudios hispánicos en la universidad de Glasgow, ofrece a la curiosidad múltiple y variada de una famosa colección británica (Penguin Books) una nueva Historia de España y Portugal. Apoyémonos en la copulativa, que subrayo, porque se habla y se escribe mucho de la comunidad y paralelismo históricos de las dos naciones peninsulares, pero puestos a redactar la obra que se perfila completa, nos suele aquélla llegar troncada. Si sale a la luz pública con pie de imprenta español, los aconteceres de Portugal se desvanecen. Si con pie de imprenta portugués, los de España quedan diluídos y subordinados a directrices que no son las exigidas en todo trabajo serio y científico. El profesor Atkinson ha logrado compendiar en la brevedad del volumen excelente información por una parte. Por otra, presentar la información con fluidez y sin soluciones de continuidad entre las historias portuguesa y española, una sola a veces, divergentes en siglos posteriores, paralelas con frecuencia; pero siempre delatando un oculto y acendrado hilillo que las une. El propósito del autor se pone de manifiesto desde las primeras páginas de la narración hasta las últimas, que nos relacionan una sintetizada tabla cronológica de, repito, ambas naciones peninsulares. Fino y completísimo manual para extranjeros y cuyos temas debieran ser objeto de meditación, por lo menos, para las tres cuartas partes de los propios peninsulares.

Obsérvese que, por dos veces, escribía antes el vocablo « naciones », con referencia a las dos estructuras estatales representativas — en lo externo y

oficial — de la totalidad peninsular. Pero el profesor Atkinson no se deja seducir por el mundo oficial. Acude a las entrañas de los variados pueblos que han vivido y viven en la antigua Hispania, y extrae de ellos su espíritu, siempre múltiple en la forma y en el concepto, contra la artificiosa unidad impuesta, siempre también, por la fuerza. En ninguna esfera como en la cultural se destaca más la empresa del autor. A la espléndida cultura de Castilla — en todas sus manifestaciones espirituales, intelectuales, artísticas y técnicas — se enfrentan — o la complementan — las magníficas e indiscutibles de lusitanos y gallegos, catalanes, valencianos y mallorquines, incluso vascos. Puesta en un platillo de la balanza la reflexión que de lo anterior se deduce y, en el otro, la reiterada afirmación de que la constante política de la historia que nos ocupa oscila entre anarquía y jerarquía, echamos de menos la aparición de mentes lúcidas, lo bastante enérgicas para llevar al convencimiento de los peninsulares que en la integración — no en la uniformidad — está la única clave de felicidad posible para los pueblos de Iberia.

España y Portugal, producto de Roma, como las naciones latinoamericanas lo son de Portugal y España, cobran personalidad en las páginas de este libro a través de sus rasgos tradicionales de pasión religiosa y fiereza localista; pero desdeñando tópicos, procura el autor captar rasgos ocultos por historiadores supeditados a políticas y, sobre todo, valorar las excepciones. Hay que agradecer que el profesor Atkinson, británico, reconozca, por ejemplo, que las cortes de León de 1188 no cuentan con precedente en ningún otro país de Europa. Lo mismo podríamos escribir con respecto al *Llibre del Consolat de Mar*, que destaca en el siglo XIII por su autoridad internacional; la madurez política del Compromiso de Caspe, en 1412; la original divergencia de las colonizaciones hispánica y anglosajona, derivada de la aceptación o negación de la mezcla de sangres y, saltando a nuestro siglo, el impacto que después de años de marasmo, se registra en el mundo occidental gracias a espíritus universales como Unamuno y Ortega y Gasset, universales por hondamente hispánicos.

Señalemos las atinadas y sagaces observaciones del autor sobre el número de peninsulares que, a lo largo de los siglos, prefirieron vivir sus vidas en el exilio; sobre el juicio que Madrid — guste o no a los centralistas — ha merecido en todo tiempo a los habitantes de la periferia, que la tuvieron, simplemente, por ciudad desde la cual eran gobernados, cuando no por « el ombligo de la nación », según frase gráfica de un diputado ochocentista; sobre la constante de inmoralidad, característica de la sociedad española pese a su reconocida fe cristiana — en general —, descubierta por los venecianos en el siglo XVII; sobre la nota, típica igualmente de Cataluña, de mostrarse en todos sus conflictos no anticastellana, sino procatalana y dispuesta a una integración federativa, pero rebelde a la absorción. La sagacidad del autor, fruto de copiosa lectura de acuerdo con la recomendación de Marcel Bataillon — *primum legere, deinde philosophare* —, se muestra en otros muchos pasajes de la

obra en los que este comentario bibliográfico no puede detenerse. Lo esencial pasa por encima de lo superficial, por no escribir superfluo. Los títulos de *Fidelísima* y de *Católica* concedidos por los pontífices a las dinastías de Portugal y España palidecen, indudablemente, ante la propia guerra de independencia iniciada en el año 1808, propia y no ajena como las pasadas guerras de imperialismo, religión y sucesión.

Al término del libro, el paladar se nota amargo y propicio, no obstante, a la compleja pregunta: ¿será eterno en España el conflicto entre progreso y orden, entre autoridad y consenso, entre anarquía y jerarquía?

R. OLIVAR-BERTRAND.